

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Saguar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madrileños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u>Págs.</u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

EL MADRID PREHISTÓRICO FUE UN POBLADO MINERO

Por JOSÉ MARÍA SANZ GARCÍA

Asentamiento del protoisidro entre piedras, encinas y el río

Un geógrafo urbano que se precie comienza su análisis interrogándose por el *origen de su ciudad*. Y aunque estemos lejos de aquellos naturalistas o historiadores que nos precedieron, y que tenían soluciones para cualquier interrogante o no se la formulaban, pido ayuda a otras disciplinas menos teóricas o librescas. Intento así profundizar en todo lo que explica un paisaje madrileño concreto que he elegido, mejorando su óptica. Llevamos varios años intentando reducir a común denominador geohistórico cuanto atañe al *río Manzanares*. Este sólo ha pasado a ser voz en las Enciclopedias gracias a que su vera nace una pequeña villa que luego se hará gran corte debido a que los reyes eran los mayores terratenientes de sus riberas.

Vaya esta explicación porque las notas que ahora se publican sirvieron de *base para una conferencia*, pronunciada que no leída, y seguida de instructivo coloquio, en la Escuela Superior de Minas de Madrid. Recuerdo una anécdota, que me contaba un viejo maestro, sobre que a los ingenieros de minas, de Almadén o de Riotinto, cuando se les pedía un informe geológico solían preguntar, sonriendo, si lo querían con romanos. Pretendo tratar de un *Madrid con vocación minera* y desde la noche de los tiempos. Y del aprovechamiento de sus aguas superficiales y subterráneas en un próximo pasado.

Porque el Madrid más primitivo fue un poblado minero. Esta tajante afirmación quizá haga sonreír o extrañar, al menos, a quienes conocen nuestra estructura geológica o consultan las fidedignas publicaciones del IGME y, sobre todo, el *Catálogo de rocas industriales* en la zona, Hoja a escala 1:200.000 y Memoria, del que hay varias ediciones. Allí solo localizan arcilla, arena, caliza, granito, grava, gneis, pórfido, magnesita, sepiolita y yeso, con sus yacimientos y estado de explotación. Como se ve abarca también un paisaje serrano. Materiales de construcción sobre todo. Pero mantenemos lo antedicho y procuraremos demostrarlo. Comencemos con clásicos.

No se citan metales nobles, aunque ya veremos cómo hay topónimos con bautizos plateados, pero se asegura que «en sus contornos se hallan algunas

piedras preciosas: Celidónias, que tienen claro y blanco, en que se esculpen Camafeos de singular apariencia; Cristales, piedras Nicles, que son negras con unas betas (sic) pardas y blancas; Cornerinas, que tienen virtud de restrañar (sic) la sangre; y Turquesas. Y en el año 1622, por el mes de agosto se descubrió una mina de Azogue a las espaldas del convento de Santa Bárbara, de Religiosos Descalzos Mercenarios (sic), que se mandó cegar». Así finaliza el capítulo segundo del «Teatro de las grandezas de la villa de Madrid», de *González Dávila*. Que en la página 273, de la edición original, le llama de Santa Bárbola. Se nos ocurre pensar que quien compuso el texto tuvo más presente a la enana que inmortaliza Velázquez en las Meninas que a la santa de los ingenieros militares, de minas y canteros.

Advirtamos que la fecha mencionada corresponde a la licencia de edición. *León Pinelo* en sus «Anales» advierte al referirse a 1622: «Este año se dijo, y se halla escrito en autor grave, que por el mes de agosto, a las espaldas del convento de Santa Bárbara se había descubierto una mina de azogue y que se había mandado cegar. Esta voz corrió en Madrid; pero fue o patraña de algún arbitrista o engaño de algún ignorante, porque no allí hubo tal mina, ni el sitio es a propósito para imaginarlo, por ser mejor para huertas, y sementeras que para minerales de azogue. Pudo ser que allí hubiese en otro tiempo algún almacén en que quedase azogue, y que, como es tan sutil, se transminase alguno que hallándose después entre la tierra, se juzgo de mina, siendo así que este metal se saca por beneficio de fuego y no se halla de otro modo».

El bibliógrafo *Oliva Escribano* cita un manuscrito con el rumor de una mina de azogue y lo sitúa este mismo año. El lugar aún podríamos identificarlo porque subsiste la plaza dedicado a Santa Bárbara.

Cuando el hombre primitivo, a quien yo he llamado *Isidro Erectus*, llega, no sé de donde, ni cuándo, encuentra agua abundante, y alimentación fácil en un clima que no le es hostil. Ante sus ojos aparece un *rosario de charcas* a las que acuden los animales a beber o solazarse. Piensa entonces que la caza y alguna pesca están aseguradas. No es éste el momento de discutir qué presas prefiere y si se atreve con los grandes mamíferos. Tenemos el ejemplo de un matadero de elefantes en *Los Aridos*, donde desemboca en el Jarama (otro río fecundo), pero no falta quien niegue estas cacerías y hasta vea como infantil y anacrónica la representación de cómo se les cazaba en Ambroz, tal como representa un sugestivo diorama del Museo Arqueológico. Repetidas veces hemos intentado reconstruir el ambiente que aquellos hombres encontraron y hasta los hábitos y comportamientos de quienes les continuaron.

Hombre *omnívoro* dispondrá de todos los frutos que le ofrezcan los enormes encinares de los que quedan recuerdos, aunque adehesados, en El Pardo, Viñuelas... Algunos han querido interpretar hasta el nombre de nuestra villa por la abundancia de este «quercus» en la región. Al tratar de toponimia cada intérprete tiene sus gustos. Basta recordar que El Escorial no aludiría a imposibles escorias

sino al «esculus» latino que significa encinar. Y el más cercano Alcorcón no se justifica por instalarse en un alcor, sino porque hemos saltado al mozárabe donde abunda el «gorq», o «gorque», cuya filiación arbórea no nos parece extraña. Sin que falte quienes hablen de las «hamadrias» o driadas, que entre los griegos eran ninfas de los bosques; «drys» significa encina. En otros lugares hemos repasado otras interpretaciones más clásicas pero tampoco unánimemente admitidas. El *nombre de Madrid* sigue siendo un misterio.

Parece ser que entre las muchas explicaciones figura una que lo quiso derivado de una voz árabe que significa cascajal, lugar de piedras o terrones de fuego. *Oliver* que tantas ventanas abre, asegura que, de sentido y sonido no era del todo inverosímil para aquellos tiempos. Las piedras figuran entre los pocos productos naturales que pudo usar el primer ocupante y de los que queda testimonio. De lo artificial que un «homo faber» hiciera con hierbas, juncos, madera, cuero y otros materiales orgánicos, hay pocas huellas. La densidad de carga humana de un *ecosistema* dependía del grado con que fueran capaces sus pobladores, en cada momento, de aprovechar sus recursos. Podemos suponer un largo período cronológico de difícil equilibrio trófico. Hasta carroñero.

Con las piedras se hacen armas y utensilios

¿Que es lo que más motivó a la primera horda para instalarse en nuestros parajes? Los prehistoriadores nos muestran los fondos de las cabañas que se montaron en las terrazas fluviales y podemos imaginar que excavaran covachas junto a los taludes que ofrecían fuentes algo alejadas de los peligros del río y del paludismo. Ramaje nos les faltaba. Pero nosotros pensamos más en que habían topado con un *material pétreo* apto para fabricar utensilios y armas. Un paseo desde El Pardo hasta Perales del Río nos ilustraría de lo que pudo ser hasta una primera Ciudad Lineal, un *eje fabril* y fluvial, con producción dispuesta al intercambio con la de hordas vecinas. Quien quiera repasar su evolución dispone de varios museos madrileños donde se exhiben hermosas piezas junto con lo que podía hacerse con ellas.

Madrid no se enteró hace 130 años de que un ingeniero de minas prolongaba la vida de su ámbito humano nada menos que en 300.000. *Casiano de Prado* sigue sin tener una calle. Tampoco la tienen los franceses que le acompañaron y que hacen famoso en el mundo científico al Cerro de San Isidro. Ni *Ezquerria del Bayo* (1793-1859), recientemente evocado en la Escuela de Minas con motivo de su centenario. Este, con sus elefantes, nos abre a la Paleontología. Alguna vez hemos pensado que estos animales pudieron ser nuestros «totems» y que haber tenido *heráldica prehistórica* figurarían proboscidos y encinas, en vez de los medievales osos y madroños. Tampoco recuerda ninguna placa a

Mariano de la Paz Graells, ni a *Übermaier* ni a Pérez de Barradas,... cuando ni los más concienzudos madrileñistas consiguen saber a quien alude alguna. Sí la tiene Alejandro Dumas que obsequia al río con una frase despectiva.

En el reino mineral, que también se vuelca en el *callejero*, no encontramos alusiones al Silex o Pedernal ni a la Cuarcita, bases de un primer emporio minero y de buenos talleres de transformación. En estas orillas se han catalogado más de cien yacimientos arqueológicos y paleontológicos, algunos recientemente. Pero hay gente viviendo en la calle de la Antracita, Azufre, Carbono, Mercurio, etc. Indudablemente la imaginación nunca subió al poder, aunque en diciembre de 1993 se han declarado de interés cultural las terrazas fluviales desde El Pardo hasta el término de Getafe.

Documentos del Archivo de Villa muestran que el cerrillo del Rastro, en 1786, se soñó con haber descubierto una *mina de carbón*. Un análisis químico pincha el globo de la ilusión. Se trataba de arcilla roja y gres, que mezclada con carbón, ardía lentamente. Madrid, ni aquí ni en las esperanzas de los carbones serranos, no pudo incorporarse a estas facetas de la revolución industrial. El vapor nos llega con el combustible de fuera, como ahora el petróleo.

Varios centenares de miles de años abarca la *prehistoria madrileña* en la que la piedra tallada y pulimentada juega importante papel. Piedra que vuelve a tener protagonismo cuando en el siglo IX hay que levantar unas *murallas* ante el cristiano que amenaza. La fama de que despedía chispas al contacto con las flechas, llega hasta Tamerlán a través de nuestro embajador Clavijo. Además sirve para empedrar las calles en las que ponen fuego las herraduras de los caballos. Don Casiano denunció en un artículo a los munícipes por este mal uso, y propone el granito. También forma parte del conjunto o recado del *chisquero*, a base de eslabón, pedernal y yesca. O en los fusiles, ya que, según Almirante, es palabra italiana que significa piedra de chispa.

Otro mineral que da fama a los madriles árabes es el de sus *arcillas* con las que se compusieron antes vasos campaniformes. Sus pucheros darán envidia a los de Alcorcón. Ricos en continente y contenido; ha nacido la gastronomía madrileña, a base de agua caliente con muestras de todos los vegetales y animales a la vista. No creo que metan bellotas. También aquí nacerá una arquitectura de ladrillo que podremos constatar hasta en el *estilo mudéjar* que ha enraizado en nuestro paisaje urbano.

Mi maestro Francisco *Hernández Pacheco* aplicó la fértil teoría de su padre Don Eduardo, sobre las tres Iberias del roquedo, la paleozoica del granito, la mesozoica de la caliza y la terciaria de la arcilla, para interpretar geológicamente el territorio madrileño y las industrias de construcción. A esas bases radicadas, como las del mundo vegetal que sobre aquéllas se levanta, en la mera Naturaleza sólo falta añadir las de la topografía y rigores del clima que tiene que vencer el ingenio humano en cada momento, para construir toda una historia de nuestra vivienda popular.

Topónimos madrileños en discusión

Conocida es la tesis defendida por un maestro arabista como *Oliver Asín*, para quien Madrid vive siempre de espaldas al Manzanares. Yo le recordaba, cuando con *José del Corral* escribimos «Madrid es así; una semana de paseante en corte», que un río es algo más que un cauce, una cuenca, y que hasta en ella se encontraba la «matrice» que forma su primitivo emplazamiento de un poblado visigodo en la barranquera de la calle de Segovia. Lo de que ésto explique o no el nombre de la villa es otra cuestión. Como lo de su apasionada defensa del moruno origen de los *viajes de agua*, o «qanates» que no nos imaginamos sino para montar un capricho de déspota oriental en el desierto. La palabra *Vega* es muy antigua y habría que explorar lo que pudo significar dentro de una región de secanos. Para el consumo de hortalizas de la villa sería suficiente. Pudo haber huertas en otros barrancos. Como aún denuncian algunas calles.

Nosotros creemos que todo comenzó en torno a *fuentes* o manantiales y que cuando no bastaba se hicieron *pozos* o se acudía a zahoríes o santos como aquel labrador que oraba cuando araban los ángeles. Hay que releer a los clásicos, consultar a los más viejos archivos y meditar sobre las necesidades y posibilidades de uso del agua de una villa agrícola. Una vez más pido ayuda a *Carmen Cayetano* y a *Montero Vallejo*. El problema empieza cuando a la villa se añade la corte. Y el rey se convierte en propietario de las riberas manzanareñas, con lo que la fachada que mira al río se fosiliza y el ensanche concéntrico de la ciudad se hace en otras direcciones buscando la vaguada cañera de la Castellana como hoy lo ha hecho con el arroyo del Abroñigal.

Buena ocasión también para aludir a los *Diamantes de San Isidro* de los que hablan los clásicos apasionadamente. Eran cuarzos. *Pérez Laciaga* insiste sobre ellos, en 1920, así como sobre unas minas de oro en la Sierra de Guadarrama.

Más nos ha preocupado, en nuestro deambular por el entorno del viejo Noviciado, justificar el nombre de una *calle de Minas*, que es lo que va de la del Pez a Espíritu Santo. Ya aparece con esta denominación en el plano de Teixeira; en el de Espinosa encontramos la de *Minas Altas*. Hay un *callejón de las Minas* entre la de las Minas y la del Rubio. Campani (1863), aficionado a lo pintoresco, narra una historieta medieval sobre unos arcos de puente que existían sobre el arroyo Matalobos, derribados cuando Enrique II, el bastardo, bloquea la villa; por lo que fueron en adelante aprovechado por los facinerosos. Fernández de los Ríos (1876) no añade nada. Peñasco y Cambronero (1889) aluden a tres trozos de minas que antes se extendieron hasta el Abroñigal y repiten lo anterior. Pedro de Répide, en su compilación de 1971, se limita a repetir.

Hemos de acudir al imprescindible *Molina Campuzano* que cita todas las reseñas y mapas, para explicar la razón de un nombre que también podría aplicarse a la *calle de Minillas*. Aunque al referirse a la de las Pozas (también de

los Pozos), encuentra que en 1611 se citan unas heredades del licenciado Diego del Pozo, cura de Colmenar, y piensa que tanto esta calle como la contigua de las Minas, puedan tener su origen en sendos patronímicos. Minillas hay al pie del cerro del Príncipe Pío, hacia Leganitos (un humedal), con campos, huerta y jardines. Y *Cosme de Medicis*, en 1668, habla del «declive», della collina del Prado Nuevo, tutto pieno di orti di particolari chiamati in generale «Las Huertas de las Minas», così detti de alcuni fori profondi a guisa di cava».

En el «Tratado Breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid» de *Juan de Torija*, reeditadísimo desde 1661, con los comentarios que le hace Teodoro *Ardemans*, en 1719, y en las «Dificultades vencidas...» de Joseph Alonso de *Arce*, en 1775, se especula con un sistema de minas que desde la calle de Alcalá desciende hacia el oeste, con minetas que alimentan la *Mina Real*. Esta termina en los Caños del Peral donde hubo un embocadero. La alcantarilla sigue subterránea por debajo del Picadero del Palacio hacia la Puerta de San Vicente y el río. Contiguo a éste dibuja un nutrido Zoológico en la Casa de Campo. Y una pareja bailando en la Ribera. A los lavaderos los desplaza aguas arriba.

Yo encuentro en los diccionarios de la lengua que la palabra mina ha tenido un significado de paso subterráneo, galería abierta artificialmente para conducir aguas o establecer una comunicación. Dejémonos de elucubraciones. Doctores hay que siguen estudiando la captación de nuestras *aguas subterráneas* y mejoras del alcantarillado. De meternos, siendo legos, en tan discutida materia caeríamos en la *hidroesquizofrenia* que tanto combate Ramón *Llamas*.

En los alrededores de Madrid suele llamarse *cerros* a la extremidad de unas lomas que parten aguas. El *cerro de la Plata* es simplemente el final de la divisoria de los arroyos de la Castellana y el Abroñigal. Marcaba el límite entre la villa y Vallecas, justo en la línea del ferrocarril MZA. El Boletín de la RSEHN, de 1903, da noticias de haberse descubierto, por el ingeniero de minas *F. Azpeitia*, unos restos de Mastodon *Angustidens*, lo que se repite cuando se va a levantar el primer mapa geológico a escala 1:50.000. El nombre se ha suprimido en el Mapa. Aquí alterna la *cayuela* (marga calcárea y clara) con la *peñuela* (marga yesosa, azulverde o grisoscuro, con carbonatos). Nos parece un nombre en contraste con el vecino *Cerro Negro*. Próxima queda la cueva de la Magdalena, en la confluencia del arroyo de Gavia. También dentro de la Hoja 509, el Jarama recibe un *arroyo de la Plata*, al norte de Barajas.

Un falso fitónimo suplanta a un hidrónimo silíceo que se convierte en orónimo

No hay nada críptico ni chistoso en el titulillo. Simplemente no decir a la pata la llana que el *nombre de Manzanares* se adjudica, desde que la villa es

corte, a un río que proviene de un pueblo de fundación medieval donde no encontramos manzanos. Cuyo distingo anterior fue el de *Guadarrama*, a lo árabe, río de arenas. Corre por arcosas. Lo compartió con otro río hermano que lo mantiene y que se lo adjudica además a un puerto serrano y al pueblo que le precede. Luego se hace extensivo a toda una vértebra de la Sierra que termina por ser conocida por el de los dos ríos que de ella surgieron.

Sin ánimos de meternos ahora en problemas geopolíticos, que vendrán después cuando el centralismo lo exija, podemos insistir en nuestra idea de que Felipe II ama el paisaje de nuestras riberas, una de cuyas fuentes le sanó de pequeño, de lo que queda muy agradecida su madre la emperatriz. Y de que establece aquí la corte, en unas *tierras de realengo*, donde ningún mayorazgo nobiliario ni señorío eclesiástico le hace sombra, y donde él y sus descendientes lograrán ser los más ricos terratenientes y de las mejores riberas, desde El Pardo a las Vegas, por el Jarama hasta Aranjuez. Los Infantado son los dueños de todo el Real ganadero del pie serrano, y ello tal vez aclare el que nuestro citado monarca no se decida a montar su monasterio en el alto Manzanares, donde hay castillos de otros señores.

Entre los cambios que trae la corte viene el del nombre del río. Hasta entonces, entre los cristianos, había bastado llamarse así, a secas, *Río*, como se repite en muchos documentos municipales o precisando más *Río de Madrid*. Esto era una transcripción al castellano de una voz que usaron musulmanes y mozárabes al llamar, al menos al tramo que corre entre arenas o arcosas, *Guadarrama*, que es lo mismo que decirle arenal, aludiendo a la condición de su lecho donde las aguas se embeben. En otros lugares hemos estudiado con cierta extensión el fenómeno, de un genérico que aparece en todo el mundo árabe y entre nosotros persiste en un río vecino, pero de las mismas características, que contrasta con los ríos Guadalajaras o pedregosos. Aquél se distinguía por otro castillo, el de Calatalifa, del que quedan restos.

Lo curioso es que el nombre de Guadarrama se extiende aludiendo a una *alberguería* próxima a un *puerto serrano* que tomará su nombre; que los topógrafos han ido extendiendo hasta bautizar a toda una *sierra*. Así se da la curiosidad de que la montaña se conozca por un hidrónimo cuando uno de sus dueños lo olvida. Pero pensando que no es exclusivo el nombre de este río como Guadarrama, y que podría ser traducción de algún antecedente latino, hemos supuesto y explicado que pudo ser *Silíceo* en época anterior y podríamos remontarnos a buscar cómo se podría llamar a un río arenoso con cantos rodados, en lenguas ibéricas.

En cuanto a la Sierra sabemos que fue *Yuga carpetanorum*, y Alsharrat la llama Xerif Aledris en la traducción y notas de Josef Antonio Conde. Y que «por la parte del Mediodía es llamada Esbania y la que está de acá del monte, en la parte del Norte, se llama Castilla». Cuando se la disputan sus vecinos, cada uno llama a su vertiente, y si puede a la del otro, como Sierra de Segovia

o Sierra de Madrid. A la parte meridional en el Libro de la Montería la denominan *Sierra de Manzanares*.

¿Cómo aparece el aparente fitónimo? Hoy, en su curso, no encontramos manzanos. A los cortesanos y a los paseantes en corte, a la espera de algún beneficio, el lugar elegido por el monarca les debió parecer más pueblerino que el suyo de procedencia. Y el río, algo seco. Arremeten contra él y con la colección de sus *puyas* se han escrito muchos capítulos y podría escribirse un voluminoso libro. Por de pronto el nuevo nombre tarda en popularizarse aunque gana terreno sobre otros que aparecen en mapas y documentos, a nuestro juicio más por lo poético que por aludir a su procedencia.

Del Manzanares pueblo pastoril originario, que nace en el siglo XIII, poco sabemos a fuerza de obsesionarnos por su castillo nuevo sin darnos cuenta que en el viejo, que protege un puente, por el que pasa la Mesta, está la clave. Con lo de Real con significado ganadero. Sobre ello aún nos queda algo por decir. Pues detrás están la Pedriza, la Peña del Diezmo o del Yelmo, las ermitas de Peña Sacra y de Santa María del Vado, los molinos y abrevaderos...

Insistamos en la antigüedad de este puente de piedra y en la adjudicación como romanos de otros en el tramo medio del río donde éste se ahonda. Por allí debieron pasar viales. Madrid, pese a la deslumbradora etimología de *Menéndez Pidal*, que lo quería celta y con valor de vado o puente, no los tuvo de piedra hasta la llegada de los reyes que levantan el puente de Segovia por que lo necesita su séquito para las jornadas de El Escorial.

La Sierra y el Parque verde fluvial. Dos lugares de ocio

Amantes de la Sierra han puesto, en las rocas, recuerdos a sus cantores y geólogos. ¿Se acordará alguien de los del río, en los jardines que van a ocupar sus riberas? Allí olvidaron a los pastores y a los topógrafos. En las *praderas* podríamos montar un poblado prehistórico, y alguna imagen de las humildes lavanderas. Pues con lo de la «Ventana de Madrid», en las Sacramentales, no basta.

Harto polémicos les parecemos a más de un lector, en esta forzada síntesis de otros estudios nuestros. No somos los únicos. Pues para un geólogo como *Javier Pedraza*, ni siquiera la fisonomía de sierra es lo que caracteriza a la de Guadarrama si se exceptúan algunos lugares concretos como Siete Picos, la Cabrera, la Pedriza, y poco más. Domina una superficie de cumbres alomada, con puertos y collados de una altitud media de 2.000 metros. La *red fluvial* que hoy conocemos es la heredera de otra muy compleja que se inicia en el Mioceno, hace 20 millones años. El mismo Manzanares ha podido fluir por cauces distintos y ser suma de tramos de cursos capturados y resta de los

perdidos. Lógicamente se comprende que el *paleopaisaje* de esta zona depende de la diferencia de niveles y suelo en cada momento y del proceso climático.

No nos olvidemos de aludir a otras *utilidades* que proporciona el río, agrícolas sobre todo, y aprovechando factores edáficos. Aunque su curso alto y el del *Samburiel-Navacerrada* fuese principalmente ganadero, en cada uno de sus minúsculos pueblos hubo algo de cereal pobre y huertas en las navas. Y vides. Repetidas veces se queja Madrid de que existe abuso en las caceras y molinos y que no llega el agua que arrastre el desecho de su vientre y evite mal olores y pestes. Ello justifica largos pleitos y el que se comisione a unos expertos para que levanten el *primer mapa del río*, en 1724, al tiempo que interrogan a quienes se aprovechan de sus aguas, sobre sus presuntos derechos. Aún quedan *restos de molinos* en el cauce, y hemos asistido a reuniones donde se propone restaurar a los de mejor estado, aunque cada uno cree que son los de su término municipal. Aparte de los de cereales y batanes se debe citar a los de papel, los molinos del canal de navegación a la sirga, y el de pólvora.

Los *ilustrados carlotercistas* se ocupan de mejorar el paisaje de las márgenes urbanas del río y su acceso desde las puertas de la cerca. Con bastante detalle hemos historiado el sueño de convertir a la corte en puerto, con navegación fluvial hasta Lisboa. El *canal de Guadarrama* pudo haber traído materiales de construcción que, sólo referidos a los litológicos, hubieran podido ser granito, gneis, cuarcitas... Por otra parte el *canal de Manzanares* traería, fundamentalmente, yesos y margas del sureste. Desastres como la rotura de una presa, dificultades financieras del Banco de San Carlos, las guerras y, al final, el ferrocarril, agotaron los proyectos.

Con la pérdida de los virreinos y la revolución del vapor la minería nacional se intensifica y sobre unos minerales útiles y de exportación. La *Escuela de Minas* viene a Madrid en 1836, como una decisión más del liberalismo económico, más centralista de lo que se supone. De Alcalá vendrá la Universidad cisneriana. En el volumen tercero de *Laborde* hay una detallada descripción de Madrid y un plano que va de Aranjuez a San Ildefonso, pasando por la corte y Navacerrada. Así pues, los sitios reales. No olvidemos que se edita en Francia en plena guerra de la Independencia.

Mineros, paleontólogos e hidrófilos en el Manzanares

Una legión de entusiastas entre las que se encuentran *López de Azcona*, *Meseguer*, *Hernández Sampelayo* y varios amigos, nos ha contado la historia de la geología y minería española del diecinueve acá y biografiado a muchos de sus prohombres. Recientes están las conferencias que en la Escuela de Minas se han dado con motivo del segundo centenario del nacimiento de *Ezquerro del*

Bayo, gran investigador de fósiles. Otro ingeniero de minas, Casiano de Prado, exhuma nuestro paleolítico. Y traza el primer mapa geológico provincial y describe nuestra Geografía física. Ambos atraen el interés de sabios extranjeros que encuentran poco que rectificar en sus hallazgos de huesos y utensilios en el Cerro de San Isidro, a mitades del siglo pasado.

Conocida es la anécdota de que el Gobierno español pidió ayuda a Francia porque en nuestro país nadie sabía Geología. Al llegar *Lartet* y *Verneuil* quedaron admirados del saber de d. Casiano, pero más aún de la ignorancia del ministro de Fomento. He repasado la lista de quienes entonces ejercieron esta cartera y encuentro nombres conocidos por lo que supongo envidiejas. El caso es que los franceses solicitaron para nuestro ingeniero el ingreso en el Instituto de Francia. Claro está que ellos también obtuvieron la Gran Cruz de Isabel la Católica y la de Carlos III.

Un R.D. de 1849 crea, en aquel Ministerio, la *Comisión del Mapa Geológico*, con una sección del mapa geográfico. Al uso estaban los de Coello. Se establecen cadenas geodésicas de primer orden, dividiendo el territorio en cuadriláteros de dos grados próximamente de lado, tomando como líneas de partida el meridiano y paralelo madrileños del Retiro. Una red de triángulos cubría el espacio interior de cada cuadrilátero, partiendo de los lados de las cadenas geodésicas. Rodean a nuestro observatorio, al que corresponde el número 59 de los vértices, los de Hierro, 55; Casar, 56; Almodóvar, 57; Almenara, 58; Villaluenga, 60 y Ocaña, 61. Su labor fue fecunda teniendo en cuenta la pobreza de medios. L. de *Aldama* y otros comienzan, desde 1851, a dar noticia de los avances de esta carta provincial en las Revistas y Boletines.

A Prado se debe un *Mapa Geológico* de la provincia a escala 1:400.000, y con deslinde bastante aproximado. Como cristalinis con un solo color, aparecen el granito y otras rocas plutónicas escasas, además del gneis y micacita (pizarra micácea). Con distintos colores se marcan el siluriano (pizarra arcillosa y cuarcita), la caliza del cretáceo, la roca, yeso y arcilla del terciario, y las arenas mezcladas con arcilla del cuaternario.

Sobrepasa nuestras posibilidades detallar la obra de todas las comisiones, en la que alternaba con las de alta geodesia, las topográficas aspirando a trazar el catastro, los términos municipales, el plano de los principales pueblos, el mapa de masas agronómicas, y forestales. En 1905 la *comisión del Mapa Hidrológico* se encarga de estudiar, en cada cuenca hidrográfica, las corrientes subterráneas que pueden ser alumbradas por pozos. Tampoco podemos registrar el vaivén político y administrativo con sus cambios de criterio y de cuerpos a dirigir la empresa. Desde 1875 se reserva a los ingenieros de minas los estudios y trabajos para la formación del *Mapa Geológico* y se establece quiénes formarán de su Comisión, en régimen de exclusividad.

A los cuerpos y armas del Ejército se unirán los que van a integrarse en el *Instituto Geográfico* que abarcaba también estadística y catastro. La primera

hoja del MTN a escala 1:50.000 la firma Ibáñez de Ibero: es la 559, de nombre Madrid, sirviendo como modelo. La hoja geológica que le corresponde, no se alcanza hasta 1929. La explican *Royo Gómez* y *Menéndez Puget*. Están superadas en nuevas ediciones más técnicas.

Otro ingeniero de minas e inquieto polígrafo nos sale al paso. Es *Lucas Mallada* (1841-1921). Oscense como Joaquín Costa, gran paleontólogo y autor de la ingente obra «*Memorias del Mapa Geológico de España. Explicación...*», siete volúmenes que totalizan 4.000 páginas. Algunos, reimpresos. Se comenta con todo detalle los dos mapas a escala 1:400.000 y 1:500.000. Cuando alude al granito de nuestra Sierra sigue a D. Casiano y, dentro de las controvertidas teorías de la época, opina que en su génesis tuvo tanta parte el calor como el agua. Así mismo recoge doctrinas y dibujos de autores como Daniel de *Cortázar* (granito segoviano), *Martín Donayre* (del abulense), y otras diversas del gaditano *MacPherson* y de su director Manuel *Fernández de Castro*. Varios canchos aparecen rematados por una cruz de madera.

Mallada como otros regeneracionistas era de ideas avanzadas. El pesimismo que destilan sus frases se incorpora al grupo del 98 gracias a un ingeniero de minas, *Serafín Baroja*, padre de D. Pío. Entre los críticos ideológicos destaca Federico *Botella*, otro miembro del mismo cuerpo, pero antideterminista que le replica en nuestra Sociedad Geográfica, donde hubo fuerte debate (1882).

Se le sigue discutiendo potabilidad y olores

Si Prado, liberal, es uno de los colaboradores en la traida de agua de Bravo Murillo, Lucas Mallada lo va a ser en la que realiza el *Marqués de Santillana* (alfonsino, por linaje admitido, pero tradicionalista de doctrina) a principios de nuestro siglo. No es momento de debatir lo que esta obra ha significado. Soy uno de sus fervientes historiadores y ahora ya no se puede decir que Madrid no bebe del Manzanares. El primer análisis de su líquido lo hizo, siglos atrás, Juan *López de Velasco*, y lo recoge *González Dávila* en el capítulo tercero de la obra ya citada. La traida de aguas de nuestro río fue una respuesta tardía a quienes negaron siempre su viabilidad. Pero tampoco es momento de recordarles la *riña*, casi goyesca o de garrotazos legales, entre los ríos o sus administradores, concretamente con el Lozoya o Canal de Isabel II. Hoy bebemos el suministro de un amplísimo abanico fluvial desde el Alberche al Sorbe.

Hablar sobre lo que significa el Manzanares, que algunos sólo ven como lugar de ocio (antaño lo fueron sus praderas, invadidas por construcciones y vías rápidas) alargaría esta conferencia-artículo. Creo que resultaría curioso transcribir algunas noticias más; confórmense con las dos del Apéndice.

APÉNDICE SOBRE LAS MINAS EN LA BOLSA Y EL OLOR DEL MANZANARES

Característica de una conferencia es que limita su campo de acción, para decir algo sobre poco. A la nuestra algunos encontraran exceso de ganga. Pero algo original creo que va, pues es síntesis de anteriores trabajos.

Como tratamos de la capital del Estado aquí estuvo la conciencia minera del país, al menos los centros decisorios de la explotación de las minas de la península y de Indias. Aunque rara vez llegaría la plata de ultramar que tomaba otros extraños derroteros. La calle de los Fúcar recuerda a los alemanes que explotaron Almadén. Pero nosotros ahora queremos transcribir un texto en que *Torrente Fortuño*, nos habla de cómo se especuló en nuestra Bolsa con fuegos fatuos mineros.

Añadimos un gracioso suelto del ABC del día de San Silvestre o final de año de 1993. Lo firmaba *Isabel Moya*. Esperemos que se cumpla las promesas que recoge.

d) Las minas: 200 Sociedades

Así decía Madoz en 1847

Es demasiado considerable el número de sociedades de esta clase formadas en Madrid durante los últimos años, para hacer de cada una de ellas una relación y descripción minuciosa. Nuestros lectores comprenderán la dificultad que ofrecería el ocuparnos de más de 200 sociedades, las cuales labran pertenencias en Sierra Gador, Almagrera, Galicia, Zamora, León, Palencia, Burgos, Guadalajara y otros puntos de España.

Ya, según hemos visto, la actividad minera se había notado en el trienio progresista de 1840 a 1843. En los años subsiguientes la búsqueda minera constituyó una obsesión, adelantándose en cincuenta años a la explosión minera del norte de España. Los tipos de «accionistas de minas» fueron entonces tan notables como los banqueros o Agentes de Cambios.

Profección vulgar —decía un Almanaque del año 1846 (21)—: los accionistas de minas andaban en coche

Hay una Memoria dirigida al Ministro de Fomento en 1861 por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio (22), en la que se describe de modo vivo el movimiento especulativo desencadenado sobre las acciones mineras. Es entretenido recoger algunos de sus párrafos:

Verificados los famosos descubrimientos de Sierra Almagrera y de Mondelancina en los años de 1839 y 1844, y a la vista de unas minas cuyas acciones se iban elevando a un precio fabuloso y proporcionaban a sus poseedores repentinas y baratas riquezas, la minería fue a la manera de una deslizada pendiente por la que se lanzaron mil y mil atrevidos especuladores, seguidos de otros tantos a quienes una ciega credulidad o una excesiva buena fe les movió a ofrecer con mano pródiga y con confianza las más respetables cantidades.

Fray Gerundio, contra su costumbre, era un optimista (23).



El especulador de minas

Los Españoles (pág. 317).



Fotografía tomada en 1900 ya explotada en la mina de oro. El grupo que pesa con sus botas de minería.

De La Ilustración. Periódico Universal

Empezó, en efecto, a horadar la tierra allá hacia la Nueva Cartago, o sea Cartagena, y el éxito no solo correspondió a las esperanzas, sino que las excedió con creces. Sierra Almagrera comenzó a dar metales con tal abundancia, que los primeros explotadores de minas, antes visionarios y locos ahora muy cuerdos y profundos calculistas (que según los resultados así la opinión se vuelve patas arriba o patas abajo), pasaron de repente de pobres como Batos a ricos como Cresos. La mina del Carmen adquirió tal fama y celebridad que nadie la nombraba sin relamerse de envidia. Las que luego junto a ella se descubrieron, como la Observación, la Esperanza, la Estrella, Virgen del Mar y otras, se fueron haciendo casi igualmente famosas.

El furor número alimentaba todas las conversaciones, a la vez que por causa de este precipitado entusiasmo temblaba la tierra a los golpes de mil y mil picos que por todas partes y en todas direcciones hacían calicatas o abrían zanjás, excavaban pozos u horadaban galerías; por doquier aparecían sociedades a las que se auguraba el porvenir más brillante y se expendían acciones, se compraba y se vendía y corrían arroyos de plata por los mercados públicos, como si ya se hubieran derretido los ricos filones que todavía se estaban buscando en las minas.

El tiempo empezó a ir demostrando que al amparo de estas ilusiones se habían cobijado muchas malas pasiones y muchas malas artes, y que la actividad y el trabajo sobre los criaderos se habían descubierto con frecuencia con un agio escandaloso de la más repugnante inmoralidad.

El entusiasmo que se había tenido por la esperanza de ganar y ganar mucho en poco tiempo a poca costa comenzó a enfriarse ante la realidad de los desembolsos, y en medio del laberinto de las empresas mineras, con sus planes de prosperidad y engrandecimiento, con sus compras y ventas a todas horas realizadas, con sus alzas y bajas repentinas, pudo al fin empezar a comprender que el papel de las acciones, este papel con tanta abundancia fabricado, y cuya adquisición había sido tan locamente disputada como un medio infalible de enriquecerse, no venía muchas veces a ser otra cosa que una leyenda cabalística inventada por el genio del engaño y de la mentira para explotar el filón descubierto de la credulidad y de la buena fe.



—Sí, amigo, la mina es de oro puro, no nos falta más que plata para explotarla. Le damos a usted la preferencia. Prestenos doce mil duros y le cedemos las acciones que dentro de poco valdrán. —Doce maravedises.

La Ilustración. Periódico Universal, julio 1870

A la loca vocinglería con que se anunciaron Sociedades y cotizaciones sucedió el triste y sentido clamoreo de tanto y tanto engaño descubierto. Ha sido tan abundante la cosecha de arides en el campo de las sociedades mineras, tantos, tan extraños y multiplicados los resortes que han movido la máquina del alza y baja, que los jugadores que proyectaban y realizaban el albur de un día han tenido que sufrir las combinaciones que con más habilidad hacían otros al siguiente.

Benito Hortelano, dedicado a negocios de imprenta, nos cuenta en sus Memorias el ambiente del Madrid de aquellos años:

Por esta misma época estaba también engolfado en las empresas de minas. El descubrimiento de los ricos criaderos de la provincia de Guadalajara, a nueve leguas de Madrid, traía trastornadas las cabezas de media población. Es verdad que los resultados de las minas de Santa Cecilia, Mala Noche, Luisita, Fortuna y otras no eran para menos, porque la plata que producían hacía pecar al más enenigo de estas empresas. Las miles de sociedades que se formaron corrían parejas con los millones que se invirtieron en hacer pozos y seguir filones improductibles. Yo caí en la tentación e invertí algunos miles en acciones; pero no fueron del todo infructuosos, porque esto me proporcionaba el hacer todas las impresiones mineralógicas que, por cierto, no fueron pocas ni mal pagadas. Saqué mucho más del trabajo de las impresiones que lo que gasté en acciones; pero si hubiese andado más cuerdo, yo habría descubierto la verdadera mina con mis tipos empleados en servir a los locos mineros (24).

EL SIGLO DE LAS MINAS

¡Oh siglo de las minas!
 En busca de metales
 Los avaros mortales
 Horadan montes, cerros y colinas.
 Creyendo que un tesoro
 En cada uno han de hallar de plata y oro.
 Algunos en la Sierra
 De Almagrera encontraron
 La plata que buscaron
 Guardada en las entrañas de la tierra:
 Sacaron de allí agujeros,
 Y diéronse ya todos a mineros.
 Hicieron mil rebuscos,
 Y hallaron ¡los sencillitos!
 Morrillos y pedruscos,
 Y mucho desahogo en los bolsillos:
 Y pleitos y cuestiones.
 Con item más algunos coscorriones.
 Pero hallaron un día
 Nuestros contemporáneos
 Que otras minas había
 Y filones que no eran subterráneos;
 No así de moiganga,
 Sino filones de muy rica ganga
 Y los más ilustrados
 De esta época argentina,
 Que eran los diputados,
 Pensaron descubrir qué era la mina
 Más rica y saneada
 Una diputación bien explotada
 (Fray Gerundio, Teatro Social.)

Sociedades fundadas en los cafés

Mariano Goya y Goicoechea, descendiente del pintor Goya, dedicado al negocio de minas tenía acciones de las siguientes sociedades:

La Mariana, Purificación, Dos Hermanas, La Condesa, Matilde, San Antonio, Pascua de Mayo, Virgen de Marzo, Santa Engracia, Unico Hijo, Herrera.

De la marcha de las cotizaciones da idea el pacto a que llegó Mariano Goya con el Conde Yumuri: «Se estipuló que podría vender las acciones (de varias minas) cuando alcanzasen una cotización de veinte mil reales cada una...»

Ya hemos dicho que las sociedades mineras se fundaban en los cafés, como cincuenta años después en Bilbao. He aquí un testimonio que nos proporciona el Marqués de Saltillo (25):

No parece que estas sociedades tuvieran una base seria y fundada; nos parecían negocios fraguados al calor de una tertulia de café, con todas las características de la atracción de incautos. En efecto, los testigos de la escritura (de la fundación de una sociedad para explotar la mina «La Flotante», en 1852) fueron: D. Santiago Borghini, dueño del café La Aurora, y dos dependientes del mismo.

En 1854 todavía Mariano Goya andaba fundando sociedades mineras.

Algunos de los nombres de aquellas minas de 1844 han sonado en la Bolsa de Madrid en momentos de alegría bursátil, y siguen sonando ahora, como las Minas de Almagrera.

Entre tanto seguían las bromas irónicas (26):

JUICIO DEL AÑO 1848

Se explotarán muchas minas de las bolsas en perjuicio, pero el que consiga empleo tendrá un filón productivo



Marianito Goya, nieto del gran pintor aragonés, accionista de minas, unido al Conde de Yumuri (brigadier, primo de Narváez)

- (18) Casimiro Rulino: *Máximas Mercantiles*, págs. 150 y 151, Madrid, 1848.
- (19) Juan Cotarelo: *Manual de la provincia de Madrid*, 1849, págs. 204 y 205.
- (20) Madoz, tomo X, pág. 962.
- (21) *Anuario popular, profético y pintoresco*, pág. 89, Madrid, 1846.
- (22) *Memoria elevada por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio...*, en octubre de 1861.
- (23) Fray Gerundio: *Teatro social del siglo XIX*.
- (24) *Memorias de Benito Hortelano*, Espasa Calpe, Madrid, 1936, pág. 120.

Fray Gerundio, en el *Teatro Social del Siglo XIX*, pág. 58, comenta del modo siguiente:

Y se formaron sociedades de accionistas en cada capital, en cada villa, en cada aldea y lugar pedáneo, con inclusión de cortijos, ventas, quintas de recreo y casas de labor, donde por casualidad habría inquilino, colono o propietario que no fuese socio minero por una o más acciones y en una o más empresas, según sus facultades. Pero siendo la corte el punto céntrico, y el asiento y emporio de las primeras fortunas y de los capitales más sanos y más corrompidos, en Madrid, donde había penetrado el espíritu minero hasta los luévanos de los cortesanos a semejanza del hidrargirio, fue donde se formó el número más prodigioso de empresas y asociaciones mineras. Una acción de minas era tan indispensable como la fe de bautismo.

Cada sociedad se dividía en 10, 20, 50, 100 ó 200 o más acciones de pago, de a 100, 500, 1 000, 2 000 ó 20 000 o más reales, a más de las gratuitas concedidas al denunciador o denunciadores, al director facultativo u otros cualesquiera a quienes se debiese particular consideración. Y el primer paso de toda la sociedad era el nombramiento de una junta directiva o de gobierno, con sus cargos de presidente, vicepresidente, contador, tesorero, secretario y suplentes respectivos, cuya junta gobernaba la sociedad, si bien con la obligación de someter sus actos a la aprobación y sanción de la junta general de socios accionistas.

- (25) Marqués de Saltillo: *Misceláneas Madrileñas Históricas y Artísticas*, Madrid, 1952, Imprenta y Editorial Maestre.
- (26) *El Siglo Pintoresco*, Periódico Universal, 12 de diciembre de 1847.
- (27) *La Crónica*, Semanario Popular Económico, núm. 13, 29 de diciembre de 1844, pág. 104, Establecimiento Tipográfico de D. F. de P. Mellado, Editor, Calle del Judo, número 11, Madrid.
- (28) Wenceslao Ayguals de Izco: *Album de Momo*, selección de lo más selecto que se publicó en *La Risa*, Madrid, 1847, Imprenta de Wenceslao Ayguals de Izco, Calle de Leganitos, número 47.
- (29) Pascual Madoz: *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico*, tomo de Madrid, 1848, pág. 434.

Una pequeña caja de madera y, en el interior, una pinza de la ropa adornada con un lazo rosa fue la «solución ecológica contra los malos olores del río Manzanares» que tres representantes de la Asamblea Cívica –organización de tendencia comunista– dieron ayer a la concejala de Medio Ambiente, Esperanza Aguirre, en la reunión que mantuvieron ambas partes. Ante tan peculiar «regalo», la concejala dijo que «la caja es muy bonita, y lo de dentro muy práctico».

Los portavoces de la Asamblea Cívica manifestaron que «para una mejora de la situación medioambiental del río Manzanares es necesario aumentar el nivel de tratamiento de las aguas residuales en las depuradoras de La China y Butarque, incrementar el caudal del Manzanares, canalizar el tramo no urbano y crear, en sus márgenes, espacios verdes».

La concejala afirmó que «las estaciones depuradoras son depuradoras y no fábricas de perfume. Además, Madrid es la única ciudad de España que trata al cien por cien sus aguas residuales. En cualquier caso, el próximo día 14 iremos a ver el río acompañados por el jefe del departamento de Agua y Saneamiento». Esperanza Aguirre añadió que «incluiremos la canalización del Manzanares en su tramo no urbano en el II Plan de Saneamiento Integral de Madrid (PSIM)».